

Dr. Leonardo Guzmán

P a s t e u r (1)

Esforzarse por exponer en algunos minutos la vida de Pasteur, es como si se pretendiese desentrañar de una mirada los misterios de una montaña que se eleva por sobre todas las demás de una cadena cordillerana. Hay en ella tesoros de infinito valor, que por estar muy adentro, no podrán ser tocados por la mano ni imaginados por la mente del hombre.

Pasteur tiene esa grandeza. Por la calidad de las transformaciones que su genio dió origen en el terreno de la concepción de la vida; por la riqueza de los campos científicos que fué explorando, por lo que dió, en lo espiritual y en lo material a la humanidad, no hay quien pueda pretender ni siquiera un ligero parangón con su noble, múltiple, sólida y extraordinaria personalidad.

Por otra parte hablar de Pasteur es hablar de Francia. Sólo en su tierra libre y fecunda, sólo en medio de su paisaje grato y acogedor por su belleza y clima dulce, y sólo en un país en que la historia lleva la firma de Pascal y Descartes, sólo allí, en sa Francia, podía nacer un cuerpo con un genio como el de Pasteur. Y sólo en ese ambiente, sin limitaciones ni prejuicios, pudieron desarrollarse sus calidades.

Poseyó y se resumió en el alma de Pasteur todo lo que posee la Francia: amor por su suelo, los suyos y sus semejantes; amor devoto a su condición de hombre, esto es, a su libertad para pensar y actuar; espíritu crítico acerbo, que lo hacía decir

(1) Conferencia dada en la Universidad de Chile, el 21 de Junio de 1940.

a sus alumnos: «Soyez a vous même un adversaire vigilant et tenace, songez toujours a vous prendre en faute», crítica que es una guardia permanente alrededor y en defensa de la verdad; vibrante en resguardo de sus convicciones; meditación y serenidad frente a las incógnitas que quería descifrar; resolución tenaz, paciente, fuerte e inquebrantable para llegar al fin propuesto.

Por eso, hacer el elogio de Pasteur es, como lo decía, hacer el elogio de la Francia en todas las manifestaciones de la vida.

No hubo en Pasteur sólo un hombre de laboratorio. Hubo uno de corazón, de sentimientos, de conciencia, para lo cual se necesita valentía. La había heredado de su padre, Jean Joseph Pasteur, que había marchado sobre las tierras de Europa, a la sombra preñada de gloria de los pabellones republicanos. Había en el padre de Pasteur una vigorosa personalidad. Terminadas las guerras napoleónicas, debió entregar al Alcalde de Salins sus armas, pero un día reconoció su espada al costado de un policía y su indignación fué enorme. Sintió profanada su arma, e irritado, en singular pelea, la redime.

Escena simbólica en su fondo. Su hijo, Louis Pasteur, la repitió y muchas veces. Cuando en Octubre de 1868 una parálisis lo ataca gravemente y pretende quitarle sus armas, que son su inteligencia y su actividad física, él sabe reconquistarlas. Había en él una fuerza interior que lo hizo recuperarse y triunfó. Y a partir de entonces, en circunstancias que habían anulado a otros, él empezó a producir más y más y engendró este arte magnífico que sirve a la humanidad y que se llaman la Medicina y la Cirugía modernas.

Cuando pienso, ahora que estamos sufriendo tanto, en esa resurrección grandiosa, creo que siendo Pasteur lo que es y ha sido Francia, ésta sabrá levantarse también fuerte y vigorosa, supremamente capaz de continuar en su tarea legendaria de guiar al mundo a destinos en que la justicia, la libertad y el respeto sean las leyes que rijan las relaciones de los hombres.

Fué después de su ataque que algunos estuvieron más violentos en contra de sus principios y fué entonces también cuando Pasteur gastó más calor en su defensa.

Además, así, en Enero de 1871, tuvo ánimo para escribir su carta admirable al Decano de la Facultad de Medicina de Bonn, renunciando al diploma de doctor que se le había otorgado: «Testimoniando un profundo respeto hacia Ud. y todos

los célebres profesores que pusieron su firma a la decisión de vuestra orden, yo obedezco a un grito de mi conciencia al venir a rogarle que borre mi nombre de los archivos de su Facultad y que tome este diploma en signo de la indignación que inspiran a un sabio francés la barbarie y la hipocresía del que, para satisfacer un orgullo criminal, se obstina en la masacre de dos pueblos.»

¡He ahí el grito tan lleno de energía y vitalidad lanzado por un patriota a quien parecía que el destino había pretendido anular dos años antes! ¡He ahí la exclamación de dolor que podríamos repetir hoy, como esos ecos que se repiten de hondonada en hondonada y que van reforzándose hasta hacerse algo así como una expresión de la tierra misma!

A pesar de sus males tuvo fuerzas para, en el curso mismo de los desastres, salir como padre bíblico en busca de su hijo. Vió toda la pena de una caravana en desgracia. No quiso siquiera ahorrarse ese dolor. Pasó por Poligny, por Lois le Saunier, fué a Chaffois y a Pontarlier, subió las rutas nevadas de Ferrieres y encontró a su hijo de su alma y de su carne. Un abrazo ahogado y silencioso por lo emocionante, juntó a la familia. Regresaron y entonces escribió en un diario de Lyon — *Le Salut Public* — su artículo desolado, cuyo encabezamiento era: «Pourquoi la France n'a pas trouvé d'hommes supérieurs au moment du peril?»

En él se encuentran enseñanzas que aun hoy habrían sido oportunas y que también nosotros podríamos aprovechar.

En tal escrito revela otra faceta de su enorme inteligencia: su visión política clara, nítida, como todo lo que nacía de él.

Y adolorido desde las raíces de su cuerpo y alma, decía al final de aquellas líneas:

«El cultivo de las ciencias en su expresión más elevada es quizás más necesaria para el estado moral de una nación que para su prosperidad material.

»Los grandes descubrimientos, las meditaciones del pensamiento en las artes, en las ciencias y en las letras; en una palabra, los trabajos desinteresados del espíritu en todo su género, los centros de enseñanza apropiados para hacerlos conocer, introducen en el cuerpo social el espíritu filosófico o científico, este espíritu de discernimiento que somete a todo a una razón severa, condena la ignorancia, disipa los prejuicios y los erro-

res. Ellos elevan el nivel intelectual; el sentimiento moral; por ellos, aun la idea de divinidad se difunde y se exalta.»

Como en los creadores hay una capacidad de gestación permanente, que parece no interrumpirse a pesar de las violencias y golpes de las realidades; pocos días después planeaba lo que tenía que hacer y volvía a su trabajo.

Es admirable la carta a Raulin, que no resisto a la tentación de leer:

«He comenzado aquí algunas experiencias de cristalización, que pueden ser de gran importancia si dan algún resultado positivo. Ud. sabe que creo en una influencia cósmica disimétrica que preside natural y constantemente la organización molecular de los principios inmediatos esenciales a la vida, y que, en consecuencia, las especies de los reinos animados están, en su estructura, en sus formas, en las disposiciones de sus tejidos, en relación con los movimientos del universo. Para muchas de estas especies, acaso no para todas, el sol es el «*primum Movens*» de la nutrición, y creo también en una otra dependencia, que afectaría la organización química entera, porque sería la causa de la disimetría molecular propia de las especies químicas de la vida. Querría llegar por la experimentación a constatar algunos indicios sobre la naturaleza de esta gran influencia cósmico - disimétrica. Esta puede ser la electricidad o el magnetismo. Si uno de los experimentos tiene éxito, tendremos trabajo para el resto de nuestra vida y en uno de los problemas más grandes que el hombre pueda abordar, pues yo no desesperaría de llegar por este camino a un concepto modificado muy profundo, imprevisto y extraordinario de las especies animales y vegetales.

»Adiós, mi estimado Raulin. Esforcémosnos para alejar nuestras miradas y nuestros pensamientos de las ignominias humanas para la investigación desinteresada de la Verdad.»

En esta frase revela que quiere borrar todos los dolores que le había causado el desgarramiento de su Patria.

En un cuaderno en que hacía sus anotaciones, y después de trazarse el plan sobre el cual realizaría su obra, decía que, «las ideas preconcebidas cuando son bellas sirven de guía para interrogar a la naturaleza. Pero ellas son un peligro cuando se transforman en ideas fijas.»

Ya en aquella carta hay el germen de todo lo que la física y la química han podido comprobar a partir del descubrimiento

del radium, lo que se logró por simbólica coincidencia, en la vecindad de donde Pasteur dió sus primeros pasos de la bacteriología, en la misma Rue D'Ulm, cerca del Panteón donde viven los inmortales.

Cuanto él dijo en esa carta ya ha sido comprobado, y no podía ser de otro modo ya que su profética visión se basaba en su genio y en su método de trabajo.

¿Quién pensaba entonces que en cada átomo, aun de substancias inorgánicas, había una vida activa, un mundo microscópico y grandioso, que no se puede deslindar ya de la vida orgánica misma?

No creo que en la historia de la ciencia, cerebro alguno haya tenido las concepciones tan proyectables al porvenir que tuvo Pasteur.

Y miremos, ahora, después de haber sólo aflorado algunos de los caracteres de este hombre, lo que realizó. Uds. lo saben tanto o más que yo. Es sólo para mirar un poco al pasado y algo así como para rendir un homenaje de carácter ritual a su obra. El cristiano repite cada año la peregrinación dolorosa al Calvario. El médico, el que tiene cierto anhelo de servir, el que tiene una devoción, repasa lo que fué para prever lo que ha de venir. Y cuando en esa devoción hay amor a un país como la Francia, podríamos decir que las etapas de Pasteur son los jalones simbólicos de toda su historia.

Mientras vivía en la Escuela Normal (1844 - 49) Pasteur, además de ser un magnífico alumno, era un hijo modelo que cambiaba constante correspondencia con los suyos. Su inclinación a los problemas de la transformación de la materia se manifestó muy pronto y Bodard le hizo ayudante de su Laboratorio, lo que le permitió acercarse a otro hombre de talento, Augusto Laurent, a quien siempre colocó Pasteur en muy alta estima.

Presentadas y aprobadas sus tesis de doctorado en química y física, se sintió fatigado, pero no dejaba de trabajar, ni olvidaba su afán de ver que la Francia marchase dentro de líneas democráticas; se enroló (1848) en la Guardia Nacional atraído por las ideas republicanas, y aun hace más: dona todas sus economías para contribuir a los gastos de la revolución; y extraordinario siempre, en medio de todo aquello hace su descubrimiento sobre la cristalización del ácido paratártrico, con lo que ya se conquistó un nombre a los 26 años de edad. Este

descubrimiento fundamental, fué controlado por el que habría de guiarlo en sus primeras exaltaciones y avances, Biot, que a los 75 años conservaba un alma joven, inclinada a la emoción, a la buena risa y también a la actividad espiritual.

Con tan auspicioso motivo, se juntaron pues, representando uno un fin y el otro un comienzo de una vida intensa, sirviendo Biot de eslabón entre el pasado y el futuro amplio y vivo que significaba este hombre joven, modesto, nervioso, impulsivo. En esta hora de triunfo, se le destina, con gran amargura de Biot, para el Liceo de Dijon, en donde no había siquiera un laboratorio. En su desesperación se agita y obtiene ir a Estrasburgo. ¿Sentía bullir acaso toda la fuerza de creación que encerraba su alma? ¿Procedía por ambición mundana y mezquina? Nó. Parece que había un plan intuitivo que lo dominaba, y por eso es que vemos en la carta que escribió al padre de su novia confesar con sencillez: «Tengo la ambición de volver a París cuando por mis trabajos científicos me haya conquistado alguna reputación. Ms. Biot me ha hablado del Instituto. En diez o quince años quizás pueda pensar en ello si trabajo asiduamente.»

En su trabajo, en su hogar feliz prospera, así como en la enseñanza, de manera que se habría tomado por un burgués sin otro afán que su comodidad, si un día no hubiese sentido la inspiración necesaria para emprender un largo viaje de estudio por Leipzig, Viena, Dresde, Praga. De regreso y por nuevos estudios se le hace Caballero de la Liga de Honor; la Sociedad de Farmacia le discierne un premio de 1,500 Fr. y a los 32 años se le hace profesor y Decano de la Facultad de Ciencias de Lille.

Diligente, sin abandonar sus ocupaciones preferidas, pone todo el cuidado del artesano francés en dar formas bellas y constitución sólida a su facultad. Organizador neto e inspirado, visitaba con sus alumnos todas las usinas del norte de Francia y Bélgica, para demostrar las posibilidades inmensas de aplicación de la ciencia a todas las actividades.

Pasteur tenía el sentido práctico que se encuentra en el fondo del alma de cada francés. Y he aquí que de estas actividades del Decano de Lille nace la gran ocasión, cumpliéndose su idea de que «en los campos de la observación el azar sólo favorece a los espíritus preparados.» Una crisis de la industria del alcohol de betarraga se había producido en el norte.

Se pidió su opinión a este profesor activo y concienzudo. Y empezó la gran ruta.

Enlazó la química con la vida; la industria con la biología y con ello, descubrió un mundo más rico que el de Colón, puesto que de allí derivaría una cadena que aun no se ha completado de beneficios para la salud oral y corporal y para el progreso de la economía de la tierra.

Hechos considerados como de carácter mecánico toman sitio en el conjunto de fenómenos vitales y las clásicas enseñanzas de Berzelius y Liebig mueren. Desde 1857 deja Pasteur su carácter de Químico para formarse en biólogo; vuelve a París como Director de los estudios científicos de la Escuela Normal y su candidatura es presentada para la Academia de Ciencias. Acepta que su nombre vaya a la lucha sólo para que sus trabajos sean más leídos, pues está seguro de su derrota. Así ocurrió, sin que este incidente disminuyese su amor al trabajo y a la investigación. Tampoco le arredra la pobreza de la Escuela de la Rue D'Ulm y labora en unos graneros abandonados por inhabitables.

Al mismo tiempo, arregla las cosas de manera que se luce como administrador. ¿Cuánta carne recibe un alumno de la Escuela Politécnica? El desea que ninguno de sus estudiantes reciba menos, y muestra así su generoso anhelo social. Del 57 al 60, en que la Academia de Ciencias le otorga el premio de Fisiología, se preocupa Pasteur de las fermentaciones alcoholáticas y del ácido tártrico y sus isómeros.

Este año 60 ya tuvo la inspiración para estudiar, como lo decía en una carta a su grande amigo Chappuis. «El misterio impenetrable de la vida y de la muerte. Espero dar un paso decisivo para resolver, sin confusión, la cuestión célebre de la generación espontánea. Hay tanta pasión y obscuridad de una y otra parte, que será necesario nada menos que la claridad de un razonamiento aritmético para convencer a los adversarios de mis conclusiones.»

Y como su padre fué el confidente de todas sus horas, «de las de gloria como de las de penurias», escribe sobre las sesiones de la Academia de Ciencias, detallando los elogios de que se le hace objeto. Y termina una carta memorable abriendo todo su pensamiento, lo que revela su gran honestidad: «No es la forma de mis lecciones lo que seduce, es el porvenir reservado a estos grandes resultados tan imprevistos, y que abren

a la fisiología horizontes nuevos. He osado decirlo, pues a esta altura toda personalidad desaparece y nada más que un sentimiento de dignidad inspira siempre el verdadero amor a la ciencia.

»Quiera Dios que por los más perseverantes trabajos aporte una pequeña piedra al edificio tan frágil e inseguro de nuestros conocimientos sobre esos misterios de la vida y de la muerte, que hasta hoy han abismado tan tristemente nuestra razón.»

Al lado del investigador que trabaja materialmente y en determinada disciplina, aparece el filósofo, profundamente humano. Da la impresión de que quisiera develar estos problemas oscuros para procurar mayores esperanzas al hombre. El hombre no quiere morir. Se aferra a todo para evitarlo. Es su instinto más fuerte y su estímulo más poderoso. Pasteur quiere consolarlo y darle la noble explicación que la puede derivar de sus experiencias: de que vida y muerte son conceptos solamente humanos e individuales, ya que uno y otro fenómeno se confunden en la continuidad perenne de la biología.

Empieza Pasteur organizando sus experiencias en forma meticulosa, con un método que puede servir de ejemplo para todo trabajo de experimentación. En París prepara matracas con agua de levadura; a algunos les deja entrar aire sin filtrar; a otros filtrado; un tercer grupo es sellado a la lámpara y sube con ellos, después de larga peregrinación, a Chamonix, donde el aire es puro, sin polvo. De vuelta a París puede exclamar: «*El polvo en suspensión en el aire* es el origen exclusivo, la *condición primera* y necesaria de la vida de las infusiones. La generación espontánea había muerto. La idea de que la vida sólo proviene de la vida se abre camino, y una nueva era científica empieza para la civilización.

Fueron inútiles las protestas de Pouchet, Musset y Joly, y aunque airada, en el fondo encerraba la verdad la frase aparecida en *La Presse*, de que «Decididamente el mundo a donde pretenden llevarnos es demasiado fantástico.»

Y así lo era. De la confusión que es peor que la nada, nace un mundo que parecía irreal por lo sutil, pero que era y es fuerte en sí. Allí estaba y está el origen de lo que más daño hace a los seres organizados (excluyendo naturalmente las guerras). Las enfermedades, plantas, animales, hombres son las víctimas de este ataque invisible y traidor de los microbios.

Todo lo que vino después en la obra de Pasteur, se basa en estas experimentaciones que asombran todavía por la audacia, la fe y la fuerza creadora que las realizó. Por eso, repetimos siempre que a la cumbre de los genios se halla sólo Pasteur. Lo que él creó ha sido inmensamente útil. Los que inventaron maquinarias, los que perfeccionaron los motores, los que transformaron el servil a la electricidad, los que hicieron más potentes a los explosivos, los que aliaron los metales para hacerlos más resistentes al calor y a la fuerza, hicieron sin duda mucho para el confort de la raza, pero sin desearlo hicieron mucho para su destrucción.

De todo esto que podría significar felicidad, las mentes perturbadas han hecho elementos de destrucción: del motor perfector nace el avión bombardero que destruye ciudades, que lacera las carnes, que pone espanto en el alma; del metal resistente, nace el cañón, el tanque, el proyectil que aplasta, que incendia el árbol que levantaba su copa airosa en el cielo azul y mata al niño que jugaba, a su sombra, distraído.

De lo de Pasteur se deriva la paz: la madre que ve mordido a su hijo por un perro enfermo, ya no sufre angustias desde que el 6 de Julio de 1885, el muchachito Joseph Meister, fué el primero en recibir la vacuna apropiada, de 6 años de impropia labor en el problema de la rabia; el cirujano cuya alma se recogía al iniciar aun la más pequeña operación por temor a la gangrena, da rienda suelta ahora a toda su audacia y desde el nudo vital del encéfalo hasta el músculo mismo que da ritmo a la vida y hasta el órgano que aspira el aire sin cesar, son explorados y atacados porque Pasteur lo hizo posible gracias a su descubrimiento, y porque Lister, su apóstol, así lo enseñó desde el día de Febrero de 1874 en que escribió la carta magnífica y elocuente por su sencillez y su sabiduría: «Habéis rodeado de luz la teoría de los gérmenes y de la fermentación. Permitidme de aprovechar esta oportunidad para dirigiros mis más cordiales agradecimientos por haberme, gracias a sus brillantes investigaciones, demostrar la verdad de la teoría de los gérmenes de putrefacción y por haberme dado así el único principio que puede llevar a buen fin el sistema antiséptico.»

Los higienistas ven facilitadas sus funciones desde que empiezan a brotar de las semillas que Pasteur sembró, las vacunas, los sueros, las sero-reacciones, que todo viene de ellas. Vacuna contra el carbunco, vacuna contra la rabia, vacuna

contra la difteria, esa enfermedad que escogía al encanto de cada hogar para inmovilizarlo con visión de pesadilla en el ataúd; vacuna contra la tifoidea, sueros contra las mismas afecciones; suero contra la plaga.

De los descubrimientos e ideas de Pasteur derivanse en verdad también, porque ellos sirvieron para señalar caminos nuevos, todo lo que se ha descubierto en cuanto a la transmisión indirecta de otras enfermedades: el tifus exantemático, la malaria, la fiebre amarilla. Sin sus conceptos de los gérmenes, ni Ross ni Laveran, ni Finlay ni Corgas, ni Nicolle habrían buscado los medios de su transmisión, ni los de su prevención, que están limpiando al mundo.

Y para las industrias, las de la seda, de la carne, del vino, de los derivados lácteos, lo que Pasteur hizo o indicó ha significado progreso, riqueza, bienestar y salvaguardia de la salud.

Para la agricultura los principios pasteurianos han permitido la multiplicación de las especies sin peligros de que un germen escondido desvanezca la labor de muchos días.

Y para la economía de los estados, no hay posibilidad alguna de siquiera presumir las proporciones astronómicas de su obra; cada hombre que se ha salvado de una muerte prematura, es un factor de riqueza, porque el creador de la economía del Estado es la célula humana transformada en sociedad.

Señores: Por todo esto—que ya en plena vida de nuestro héroe de la paz, se podía prever—se le rindieron todos los homenajes posibles.

¡Pero también sufrió! Cuando ya sentía en gestación en su espíritu lo que había de venir, creyó que la muerte lo detendría al sufrir su parálisis. Hubo noches de desvelo en Chamonix, observando sus matraces, y en Pouilly - Le - Fort donde vacunó los primeros animales contra el carbunco; su conciencia se agitó antes de vacunar bajo la presión de Vulpian y Grancher al pequeño Meister; su alma francesa, y por lo tanto inclinada a la exaltación, se rebelaba cuando no querían creer en lo que su experimentación le permitía descubrir; las penas de su patria las sintió muy adentro.

Pero después vinieron las compensaciones. En 1874, la Asamblea Nacional le acordó una pensión, y el relator del proyecto decía con justicia: «Semejantes homenajes de gratitud dados por una Nación a los hombres que le han dado lustre y

enriquecido, honran tanto a esta Nación como a estos hombres.»

La Francia se revelaba comprensiva como siempre y estimulaba al genio, que había creado y que había dicho, con profunda sabiduría, «que la grandeza de las acciones humanas se mide por la inspiración que las hace nacer.»

El 3 de Agosto de 1881, dos meses después de terminadas sus pruebas de la vacunación contra el carbunco, el Gobierno le encomienda la tarea de representarlo en el Congreso Médico Internacional de Londres. Alguien lo reconoce entre la numerosa asistencia y le pide pasar al estrado en donde están los más preclaros profesores. Cuando avanzaba, grandes aplausos estallaron; exclamaciones y hurras y escalofríos de gloria corrían por la sala. Y Pasteur dijo a quien iba a su lado: «Debe ser el Príncipe de Gales quien llega.» He allí al sabio, al hombre de ciencia sencillo, porque sólo ha sabido trabajar para el bien, carente de las arrogancias de los que por saber destruir con crueldad implacable, juntan en filas las masas para hacerse aclamar.

Más tarde va a la Academia Francesa. Entra en ella cuando el positivismo de Augusto Comte se encontraba en el zenit. Pasteur, a pesar de que en su Laboratorio sólo vió lo positivo, no era un devoto de esa doctrina. Su modestia intelectual y su tolerancia lo hacían decir: «mientras el misterio de lo infinito pese sobre el pensamiento humano, templos serán levantados para su culto, y aunque se llame Brama, Aláh, Jehová o Jesús. Y sobre el altar de estos templos veréis hombres arrodillados, prosternados, abismados en el pensamiento de lo infinito».

Después decía: «Feliz el que lleva en sí un Dios, un ideal de belleza y le obedece; ideal de arte; ideal de ciencia, ideal de patria, ideal del Evangelio. Estas son las fuentes de los grandes pensamientos y de las grandes acciones. Y todas se iluminan de los reflejos del infinito.»

En Montpellier, en Aurillac, en Nimos, en Ginebra, las aclamaciones se repiten y en Edimburgo, cuando se celebra el 3er. Centenario de la Universidad, es a Pasteur a quien se le distingue y se le hace huésped de honor. Al leer el nombre de los delegados había silencio, pero al pronunciarse el de Pasteur, los cinco mil asistentes se pusieron de pie y lo aclamaron. Después pronunció un discurso solemne: «A todos digo, tra-

bajad y perseverad. El trabajo entretiene y aprovecha al hombre, al ciudadano, a la Patria. El trabajo debe ser el fondo de nuestra vida» «Esforzáos en aportar a todo lo que realicéis el espíritu de método científico fundado sobre las cosas inmortales de Galileo, Descartes y Newton.»

El lo había hecho. Tenía autoridad moral para aconsejarlo. Sacerdote de la idea, fué no sólo el predicador sino su realizador; constituyóse en el ejemplo máximo que pueda presentarse a la sociedad humana.

Más tarde, en su honor se creó el Instituto Pasteur. De todos los ámbitos del globo llegaron los óbolos para levantar este templo a la sabiduría, en donde Roux, Martin, Nicolle, Yersin, Chaillon Chauteinesse, Calmette, Chamberland, Queiprat, Netchinkoff oficiaban por la religión de la ciencia.

Mientras él recibía estos testimonios de admiración, también los rendía a otros, y cuando en 1889, estando enfermo, se inauguraba un monumento en Alais, a J. B. Dumas, su gran maestro y amigo de todas las horas, y no se le quería permitir que asistiera, él dijo simplemente: «Je sui vivant, j'y vais.» He ahí en esta frase la expresión de un carácter, de una fuerza moral, que dominaba la debilidad física.

El 27 de Diciembre de 1892 cumplía Pasteur 70 años de intensa vida. En la Sorbona se celebró su jubileo. Del brazo del Presidente Carnot subió a la mesa. El Ministro Dupuy le dijo, lo que todos tenemos que repetir: «Quién podría decir en esta hora lo que la vida humana os debe y lo que os deberá en la continuación de los tiempos? Un día vendrá que un nuevo Lucrecio cantará en un nuevo poema de «la Natura» al maestro inmortal cuyo genio ha engendrado semejantes dones. No lo pintará solitario e insensible, como el poeta latino a su héroe. Lo mostrará mezclado a la vida de su tiempo, a las tristezas y alegrías de su París.»

En verdad, pudo Pasteur egoístamente encerrarse en su Laboratorio y no oír ni las quejas de su patria herida ni las congojas de los que sufrían por la enfermedad. Pero, hombre grande y completo, sabía bien que sin las preocupaciones que la vida impone cuando se está en una colectividad que se llama Patria, se enfría el alma y se muere la razón fundamental de ser, cual es servir a ideales que se confunden con el interés de ella.

En su discurso del jubileo, con una delicadeza sentimental

que emociona, dijo: «A través de este brillo, mi primer pensamiento vuela con melancolía hacia el recuerdo de tantos hombres de ciencia que no han conocido sino que amarguras. En el pasado tuvieron que luchar contra los prejuicios que ahogaban sus ideas.»

Señores: Jamás se ha escrito ni dicho en tan pocas palabras una mayor defensa del régimen de libertad que encarna la democracia. En todo otro régimen el prejuicio de la idea, el prejuicio de la raza, los odios de la tiranía imponen silencio a los que tienen un mensaje que decir y servir entre los humanos.

Más adelante aconsejaba de nuevo a la juventud, y le decía, como un mandato o legado espiritual que en estos momentos de prueba para la Francia, debemos respetar y cumplir: «No os dejéis descorazonar por las tristezas de ciertas horas que pasan sobre una Nación! Preguntáos ¿qué he hecho por mi patria? Y cuando se aproxime el gran fin, debéis tener el derecho de decir: j'ai fait ce que j'ai pu! He hecho lo que he podido.»

Y en este instante, que salte de corazón en corazón esta idea del más grande de los hombres del siglo XIX, para que tengamos derecho siquiera a gozar de su herencia magnífica en lo espiritual, lo moral y lo material!